PIE DE PÁGINA*

*Ana García Bergua***

Niebla y humo

La verdad es que vivimos entre nubes. Sucias nubes, pero nubes al fin, que nos constriñen o nos liberan, abren o cierran como una luz de teatro el horizonte de nuestra vida, haciéndolo de lo más variado. Hay días en que nuestro horizonte abarca un trecho corto y provinciano; nadie puede saber si después del hotel de México hay un precipicio, y como los antiguos, podemos conjeturar infinidad de cosas sobre nuestra ciudad: si es cuadrada, redonda, si acaso la carga una gran tortuga, si deberemos aventurarnos hasta la avenida Revolución o permanecer, prudentes, en las cinco cuadras más cercanas. Otras veces ni a eso llega nuestra cansada visión, y el grisor carcome ya la tienda de la esquina, ya la parada del camión, y nuestra concepción del mundo se vuelve estrecha y brumosa, pensamos incluso cosas feas, y todo se nos aparece con lindes oscuros y siniestros. Esto es porque no vemos nada, y ya los políticos y los empresarios han repetido muchas veces que la falta de visión es la causa de todas las desgracias, aunque nada se haga para atenuar el imperio de nuestra cegadora nube. Al día siguiente —porque en esta ciudad, cuyos límites decide la enorme y ubicua masa de bruma y deyección, hay cambio de estación cada dos horas— el espacio se engrandece, y el Ajusco se revela a lo lejos, pero a la vez cercano, perfilado y contundente, claro y deseado como un postre de crema, y nos damos cuenta de que existe el horizonte, de que existe el mundo, de que hay montañas, hay nieve

97

* Del libro *Pie de página* de próxima aparición en Ediciones Sin Nombre.

** Escritora.

ANA GARCÍA BERGUA

y en el pasto del Ajusco quizás saltan con alegría las cabras o pastan las vacas en el verdor. Y la enormidad de este sitio lleno de edificios se instala en nuestra conciencia y nos devuelve la razón. ¿Qué es esto?, nos preguntamos asombrados, el cabello al viento, ¿cómo hemos llegado hasta allá? No digamos cuando en el otro lado de la ciudad aparecen el Popocatepetl y la Mujer Dormida, y no sólo se abre el espacio, sino también el tiempo, y todo mundo recuerda que su vida es presenciada por volcanes. Pero al cabo de una semana, de la semana más venturosa del año, de nuevo la nube impondrá sus límites, olvidaremos los cerros y su extensión, el color del cielo, y otra vez habremos de preguntarnos de qué tamaño es nuestra existencia, si estrecha y oscura, si mediocre e ignorante: ¿qué habrá después de Tlalpan? ¿Una cañada, un mar embravecido o la noche eterna? ¿Acaso nos carga en sus espaldas un castigado gigante? Y así pasaremos siempre vidas muy variadas, entre grandes revelaciones y entre nubes.

A vuelo de pájaro

98 Desde lo alto de la Torre Latinoamericana quisiera ver el corazón de las vecindades, los patios de los edificios coloniales. Quisiera poseer una mirada entomológica, acuciosa, dominar la cotidianidad indefensa de las personas. Pero no, al contrario, lo que veo desde arriba es un valle de azoteas, un cascarón gris que protege a los de abajo de las miradas altísimas de los helicópteros y los aviones, y las de quienes trepan a las cumbres de los edificios. Perdida ya la calidez de los tejados, la sensualidad de la teja y las terrazas, ha quedado este desierto o este mar de concreto puro, cuyo territorio delimitan las banderas de ropa tendida. Los calzones y las sábanas de las familias son sus estandartes, sus escudos e insignias de honor, y los cuartos de las sirvientas remedan en su asfixia a la estrecha atalaya de los vigías.

En medio de lo más alto y lo pequeño, la ciudad posee sus habitantes del aire: no sólo las sirvientas, también los albañiles, los pintores de anuncios, los limpiavidrios de los grandes edificios. Su privilegio

es escarbar de cerca el interior de las viviendas, ir del corazón a la piel y viceversa. A cambio pagan con la estrechez, con el andamio delgado y frágil, con el peligroso puente de madera o el cuartito oscuro, opresivo, casi siempre castigado con la ausencia de ventanas. Igual es angosta la Latinoamericana y pequeña la escalerilla que conduce al privilegio de los telescopios con que todos buscan primero su propia casa, previa inserción de la ficha de plástico azul. Pero es también amplia la sorpresa de ver este mar gris de banderas y gordos tinacos, que son como el presidente de cada edificio, cubierto todo con una densa y persistente capa de *smog* de la que surgen los edificios altísimos de Reforma o el hotel de México cual tótems en la bruma. Esta costra de arriba cubre más que convenientemente el hormiguero de abajo: tan pequeño, tan diverso y tan inexpugnable que vuelve miopes nuestras pretensiones de águila o de halcón.

El gordo provocador

Perdido ya el encanto ferroviario de los tranvías, nos quedan los muy tristes trolebuses, esos animales grandes, grises y anaranjados que siempre pagan el precio de salirse de una vía espiritual, trazada en el cielo de sus cables. Los pesados trolebuses intentan ser un vehículo libre como todos los demás fierros animados de la ciudad de México. Pretenden rebasar, cerrar el paso a los automóviles de al lado, tomar raudos el carril de alta velocidad. Hasta dan frenazos con sonido de ventosidad para mentar madres, a falta de un claxon hecho y derecho, que tampoco tienen. Pero siempre, si se alejan de más, si el chofer cae en la tentación de rebelarse ante su condición dependiente de marioneta, se les caen los hilos, las antenas, y quedan inermes como un enorme rinoceronte muerto a mitad de la calle. Es increíble con qué furia insultan los demás conductores al afanado chofer del trolebús, cuando tiene que bajarse a engancharle de nuevo las antenas: ¡Pinche trolebús! exclaman, quítate de ahí, como si aparte de un estorbo fuera un anacronismo irreal. Con el trolebús, con el pesado y tardo acto

ANA GARCÍA BERGUA

manual de colocarle las antenas, se agrava la desesperación: no hay automatismo que valga, no hay rapidez, es como si bajara un cochero a colocarle el arnés a su caballo, y además son tan enormes que tapan todo, como las señoras gordas que entran al cine a mitad de la película.

Los trolebuses, además, casi siempre van vacíos. Al parecer la gente desconfía de su tamaño, de su lentitud, de que el chofer tenga la debilidad de rebasar. Los asientos de los trolebuses vienen montados en plataformas, son tronos altísimos y privilegiados de los que se cae como de las ilusiones. Su espacio es sumamente amplio: cuando los conductores frenan de golpe, lanzan a los pasajeros de adelante para atrás, de atrás para adelante, en amplísima pista de patinaje. Como todas las cosas un poco antiguas, son el paraíso de los niños. Además son muy baratos y el chofer siempre da de cambio la monedita de a diez que tanto se desprecia en el microbús, y un boleto que sirve de separador de libros, un *souvenir*. Hay quien dice que no contaminan, pero con los embotellamientos que causan cada que se les corta su nutrición eléctrica, sale humo para aventar para arriba: humo de coche furioso, que es un poco más oscuro.

100 | Algunos tomamos el trolebús, quizá porque le tenemos simpatía a la debilidad humana, a este Sísifo que siempre se rebela contra su destino. Tomamos el trolebús con la esperanza de que gracias a nuestra constancia nunca lo quiten y con él perviva la sombra desterrada de los carruajes, los trenes, los trasatlánticos y los tranvías.